

Al decir esto, Wayland se echó á cuestras su tienda portátil, y salió, guiado por el posadero, por una puerta trasera, para dirigirse con el mayor disimulo á Cumnor.



CAPITULO XX.

Hay algunos tenderos ambulantes
que son mas de lo que piensas,
hermana.

Cuento de invierno, Acto IV.

TONY Foster, ya por seguir con celo y á la letra las instrucciones que el conde le habia dado varias veces, ya por seguir su humor insociable y por su avaricia, habia procurado en su casa mas bien el evitar el gasto y el lujo, que ponerse al abrigo de la curiosidad de los vecinos. Por esta razon, en lugar de tener muchos criados para guardar su depósito y defender su casa, habia chasqueado á los observadores, reduciendo el número de sirvientes; y así, si no llegaba á Cumnor alguno acompañando á Varney ó al conde, estaba reducida la familia á un criado antiguo y dos viejas que barrian la casa y hacian las camas. Una de estas viejas fué la que abrió la puerta cuando llamó Wayland; y queriendo este entrar para vender algunas cosas de moda á las damas de la casa, le echó la

vieja con cajas destempladas; pero se humanizó habiendole el tendero untado las manos, prometiendole ademas la tela necesaria para un vestido, si su señora compraba alguna cosa que valiese la pena.

— Que Dios te bendiga, tendero, pues el vestido que tengo está hecho guiñapos. Entra en la huerta, y la encontrarás paseandose. Al decir esto, le guió hasta donde estaba Amy, y le dijo: Ahí está, pasa adelante; sin duda te comprará algunas cosas, si las encuentra de su gusto.

— Me deja aquí, decia Wayland viendo que la vieja habia cerrado la puerta de la huerta, y sabe Dios como podré salir. Pero no me molerán á palos por tan poca cosa, y mucho menos estando tan hermosa la noche. Vamos allá; adelante: ningun buen general pensó jamas en retirarse hasta despues de haber sido vencido. Allí descubro dos mugeres; ¿pero como podré introducirme á hablarles? Veamos. William Shakespeare, acude á socorrerme en este lance. Voy á encajarles un trozo de Autólyco. Entónces con una voz firme y resuelta cantó la conocida copla:

Linon mas blanco que la nieve, randas mas negras que un cuervo, guantes tan suaves como las rosas de Damasco, máscaras para la cara ó las narices.

— ¿Que es lo que hoy nos envía la suerte, Juanita? dijo la dama.

— Señora, respondió Juanita, es uno de esos mercaderes de modas ambulantes, que venden mil fruslerías, y estraño mucho que Dorcas le haya dejado pasar.

— En eso no hay nada perdido, dijo la condesa; pasamos aquí una vida tan retirada y triste, que no debemos perder esta ocasion de divertirnos un rato.

— ¡Ah! sí, señora, es verdad, dijo Juanita; pero mi padre...

— No es el mio, Juanita, ni mi amo tampoco, respondió la dama; y así, que venga aquí ese hombre, necesito comprar mil cosas.

— Siendo eso así, replicó Juanita, no tiene vm. mas que decirlo en su primera carta, y si lo que vm. necesita puede encontrarse en Inglaterra, puede vm. estar segura de que se lo enviarán sin falta. Temo que suceda alguna cosa. Por Dios, señora, dejeme vm. decir á ese hombre que se vaya al momento de aquí.

— Quiero que le digas precisamente todo lo contrario, que se venga aquí, dijo la condesa; pero no, detente, hija mia, iré yo misma á decirselo, para que no te puedan reñir.

— ¡Ah! señora, ¡si no hubiera que temer

mas que eso! dijo Juanita miéntras la condesa decia á Wayland: — Ven aquí, tendero, abre tus paquetes; si tienes cosas de gusto, no dejaremos de comprarlas nosotras dos.

— ¿Que es lo que necesita vuestra señoría? dijo Wayland desplegando todo con tanta destreza como si hubiera sido mercader desde su infancia: verdad es que lo habia sido varias veces en el curso de su vida vagamunda. Empezó á hacer elogios de sus mercancías, como es de regla en tales casos, y se mostró diestro en el gran arte de fijar los precios.

— ¿Que es lo que necesito? dijo la dama; como en seis meses mortales no he comprado para mí una vara de linon ó de batista, ni la menor cosa, lo que debe preguntarse es: ¿Que es lo que tú traes? Separa á un lado ese fichú y esas mangas de batista, esas franjas de oro y esos encajes; ¿y esa capa corta color escarlata no es de muy buen gusto, Juanita?

— Si quiere vm. saber mi opinion, dijo Juanita, me parece que es demasiado rica.

— ¿Que sabes tú de eso, Juanita? dijo la condesa: llevarás tú misma esa capa en penitencia, y los botones de oro macizo consolarán á tu padre y le harán aprobar el fondo de escarlata; pero cuidado con que no los

arranque para enviarlos á acompañar á los ángeles que tiene cautivos en su baul.

— ¡No trate vm. así á mi pobre padre! dijo Juanita.

— ¡Cierto que es un cuitado tu pobre padre! replicó la condesa. Pero vamos al asunto: necesito esta guarnicion de cabeza, y este alfiler de plata con perlas. Juanita, toma lo necesario para dos vestidos de esta tela fuerte para Dorcas y Alizon, á fin de que las pobres mugeres tengan con que abrigarse este invierno. Y dime, tendero, ¿no tienes perfumes ni aguas de olor?

— Si fuera un mercader verdadero, podria hacer mi negocio, dijo entre sí Wayland respondiéndole á las demandas que ella le hacia una tras otra, con el ardor de una jóven que se ha visto privada por largo tiempo de una ocupacion tan agradable. Mostrándole entónces su surtido de esencias y perfumes, fijó al pronto su atencion haciéndole observar que aquellos objetos habian doblado casi de precio, por los magníficos preparativos que hacia el conde de Leicester para recibir á la reina y su corte en el soberbio castillo de Kenilworth.

— ¡Ah! dijo con viveza la condesa: ¿es cierta, segun eso, esa noticia?

— Sí, señora, respondió Wayland, y me

admiro mucho de que no haya llegado á oídos de vuestra señoría. La reina de Inglaterra pasará una semana este verano en casa del conde entre fiestas y convites : muchos dicen que nuestro país va á tener un rey, é Isabel de Inglaterra, Dios la bendiga, un esposo ántes de concluirse la fiesta.

— Mienten los que lo dicen, dijo la condesa muy impaciente.

— Por el amor de Dios, señora, contengase vm., dijo Juanita temblando. ¿ Quien hace caso de las noticias de estos vagamundos ?

— Sí, Juanita, dijo la condesa, tienes razon de reprenderme. Esos rumores tratan de manchar la reputacion del mas brillante, del mas noble par de Inglaterra, y solo pueden propagarse entre las gentes viles é infames.

— ¿ El diablo me lleve, señora, dijo Wayland Smith que observaba que su cólera iba á estrellarse contra él ; el diablo me lleve, si yo he dicho ni hecho cosa alguna que merezca tal reprevension ! Solo he repetido lo que dicen las gentes por ahí.

Al mismo tiempo la condesa recobraba su tranquilidad, y procuraba encubrir su mal humor. Sentiria mucho, tendero, que nuestra reina renunciase á su título de virgen que agrada tanto á sus súbditos : bien puedes

creer que no habrá nada ; y queriendo despues cambiar de conversacion, dijo, mientras examinaba el interior de una cajita en que habia drogas y perfumes colocados con separacion : ¿ Que composicion es la que se halla tan bien guardada en esta caja de plata ?

— Es, señora, un remedio contra una enfermedad que creo no padecerá vm. jamás. Una dósís de esta pomada del tamaño de una arveja de Turquía, tomada ocho dias seguidos, fortifica el corazon contra los vapores negros que engendran la soledad, la tristeza, una pasion desgraciada, una desesperacion.

— ¿ Es vm. loco ? dijo con viveza la condesa ; ¿ cree vm. que porque he tenido la bondad de comprar tantas cosas á precios exorbitantes, podrá hacerme creer cuanto le dé la gana de contarme ? ¿ Quien ha oido decir jamás que los afectos del corazon son capaces de ceder á los remedios aplicados al cuerpo ?

— Lo que puedo asegurar á vm. es, dijo Wayland, que soy hombre de bien, y que he vendido mis mercancías á precios moderados. En cuanto al precioso remedio, al ponderar su virtud, no he propuesto á vm. que me le compre. No digo yo que puede curar una enfermedad de ánimo muy arraigada ; solo Dios y el tiempo pueden hacerlo. Pero sostengo que este bálsamo disipa los

vapores negros que nacen en el cuerpo, y la tristeza que abate el alma. He curado á muchas personas con ese remedio, en la corte y en la ciudad, y últimamente á un tal Edmundo Tresilian, noble caballero de Cornouailles, á quien los desprecios de la persona á la que habia consagrado todos sus afectos habian, segun me han dicho, reducido á un estado de tristeza que le llevaba en posta á la sepultura.

Se detuvo, y la dama, despues de haber callado un rato, preguntó con un tono que manifestaba su inquietud: — ¿La persona de quien vm. habla, se ha restablecido enteramente?

— Yo creo que sí, señora, dijo Wayland; por lo menos no se queja ya como solia quejarse.

— Quiero probar ese remedio, Juanita, dijo la condesa; yo tambien suelo padecer esa melancolía negra que oscurece el cerebro.

— No, señora, no por cierto, dijo Juanita; ¿quien asegura á vm. que las drogas de este hombre no son peligrosas?

— Yo saldré fiador de mi buena fé, dijo Wayland; y tomando una porcion del remedio, le tragó delante de ellas. La condesa compró lo restante, y las observaciones de

Juanita la impeliéron á ejecutar su designio. Aun hizo mas, cogió desde luego la primera dosis y la tragó, asegurando poco despues que sentia ya mas alegre y aliviado su corazon, resultado que es probable existiese tan solo en la imaginacion. Reunió entónces lo que habia comprado, dió su bolsillo á Juanita para que pagase al tendero, y mostrandose como fastidiada de la conversacion, le dió las buenas noches, y entró en el castillo, quitando asi á Wayland la esperanza de hablarle en particular. Procuró él sin embargo esplicarse un poco con la Juanita.

— Muchacha, dijo, tu cara está diciendo que amas mucho á tu señora, que necesita por cierto de criados fieles.

— Y merece tenerlos, replicó Juanita; pero ¿que quiere eso decir?

— Muchacha, yo no soy lo que parezco, dijo Wayland bajando la voz.

— Doble razon para creer que no eres hombre de bien, dijo Juanita.

— Doble razon, dijo Wayland, para creerme tal, pues no soy tendero.

— Vete de aquí al momento, dijo Juanita, ó voy á pedir socorro: mi padre debe estar ya de vuelta.

— No hagas semejante locura, dijo Wayland, si no quieres arrepentirte. Soy uno de

los amigos de tu señora, necesita grangearse otros, y no perder por su culpa aquellos con quienes puede contar.

— ¿Que pruebas tengo yo de eso? dijo Juanita.

— Mirame cara á cara, dijo Wayland, y leerás en mis facciones que soy un hombre de bien.

Y efectivamente, aunque no era nuestro artista hermoso, tenia en su fisonomía la expresion penetrante de un genio inventivo, lo que reunido á unos ojos vivos y brillantes, á una boca bien formada y una sonrisa graciosa, da muchas veces valor é interes á unas facciones poco regulares.

Juanita le fijó un rato con las miradas astutas de su sexo, y respondió:

— A pesar de la buena fé de que te jactas, amigo mio, y aunque no estoy acostumbrada á leer y juzgar los libros de la clase de los que acabas de poner á mi disposicion, creo descubrir en tí sin embargo alguna cosa asi como de tenderillo, y al mismo tiempo de correvedile.

— Alguna cosilla tal vez, dijo Wayland riendose; pero escucha: esta noche ó mañana por la mañana vendrá aquí un viejo con tu padre. Tiene el paso ligero del gato, los ojos vivos y penetrantes del raton, las lisonjas

viles del perro perdiguero, y la ferocidad natural del dogo. Guardate bien de él por tu interes y el de tu señora. Guardate muy bien de él, Juanita, pues oculta el veneno de la serpiente bajo la fingida inocencia de la paloma. No sé cual es precisamente el crimen que medita, pero es el precursor de las enfermedades y de la muerte. No digas nada de esto á tu ama. Conozco muy bien que en el estado en que se encuentra, el temor de un mal puede serle tan funesto como el mal mismo. Cuida de que tu ama haga uso de ese específico que le he dado. Y bajando la voz añadió con gravedad: Pues es un antídoto contra el veneno. Escuchemos, creo que entran en la huerta.

Efectivamente distinguianse los acentos de una algazara y una conversacion muy animada. Wayland se ocultó desde luego en lo interior de un bosque espeso, y Juanita se retiró por otro lado, para no ser vista, y poder esconder por el pronto lo que habian comprado al tendero supuesto ambulante.

Juanita no tenia motivo alguno de temer nada. Su padre, el portero antiguo de lord Leicester, y el astrólogo entraron en la huerta muy ocupados. De ningun modo podian apaciguar á Lambourne que habia bebido con mucho esceso. Tenia la desgracia de ser uno

de aquellos hombres que estando achispados no dan en dormir, como suelen hacerlo los borrachos, sino que permanecen largo tiempo alborotados é inquietos, hasta que á fuerza de tragos y mas tragos caen aletargados y sin sentido. Lambourne no era uno de aquellos borrachos que se quedan mudos é inmóviles: al contrario, hablaba estando borracho con mas énfasis y con mayor facilidad, y contaba lo que estando en su acuerdo hubiera querido tener secreto.

— ¡Que! decia Miguel á grito tendido, ¿no quieren vms. darme la bienvenida y convidarme, trayendoles como les traigo la fortuna á este rincón, en la figura de un primo del diablo, que puede convertir el cascajo en pesos duros españoles? Ven acá, Tony Botafuego, papista, puritano, hipócrita, avaro, libertino, diablo compuesto de todos los pecados de los hombres; ven acá, y ponte de rodillas delante de aquel que te ha traído el Mamon que tú adoras.

— Por amor de Dios, dijo Foster, habla en voz baja: ven á casa, te daré vino y todo lo que quieras.

— No, viejo grosero, yo lo quiero aquí, gritaba el espadachin, aquí, *al fresco*, como dicen los Italianos. No, no quiero beber entre

dos paredes con ese emponzoñador del diablo, para que me sofoquen los vapores de arsénico ó de azogue. Varney me ha enseñado á desconfiar de él.

— Por vida del diablo, dele vm. vino, dijo el alquimista.

— ¡Ah! ¡ah! y tú querrás condimentarle, ¿no es así, viejo carroña? Sí, un poco de élboro, de vitriolo, agua fuerte, y otros veinte ingredientes diabólicos que fermentarian en mi pobre cabeza, como el filtro que una vieja hechicera hace hervir en su caldera para hacer que venga el diablo. Dame el frasco tú mismo, Tony Botafuego, y que sea fresco el vino; no quiero que le calienten en las fogatas en que fuéron quemados aquí los obispos. O espera. Que Leicester sea rey, si quiere. ¡Bueno! Y Varney, Varney el malvado, gran visir. ¡Esceleste á fé mia! ¿Y que seré yo? Emperador; sí, el emperador Lambourne. Veré esta divina hermosura que han encerrado aquí para sus placeres secretos. Quiero que venga esta noche á echarme de beber y á ponerme el gorro. ¿Que puede hacer un hombre con dos mugeres, aunque fuese veinte veces conde? Respondeme á esto, Tony amigo, perro viejo, hipócrita, escomulgado, que ha borrado Dios del libro de la vida, pero que estás atormentado sin cesar por el deseo de

ser repuesto, viejo fanático, blasfemo, perseguidor de obispos, respondeme á esto.

— Voy á darle una puñalada, dijo Foster en voz baja y colérico.

— Por el amor de Dios, dijo el astrólogo, nada de violencia, nos costaría cara. Vamos, Lambourne, ¿quieres brindar conmigo á la salud del noble conde de Leicester y de Ricardo Varney?

— Seguramente que sí, mi Albumazar, seguramente, emponzoñador. Te abrazaría, mi honrado infractor de la ley Julia (como dicen en Leiden), si no tuvieses tan abominable olor de azufre y otras drogas infernales de esa especie. Vamos, estoy pronto. ¡A la salud de Varney y Leicester! dos hombres mas noblemente ambiciosos, dos incrédulos mas profundos, mas secretos, mas elevados, mas maliciosos, y mas.... Bueno. No digo mas; pero al que rehuse hacerme la razon, le atravesaré el corazon á puñaladas. ¡Vamos, amigos!

Al decir esto, Lambourne acabó de beber el vaso que el astrólogo le habia llenado de un licor subido: empezó un juramento, dejó caer el vaso, echó mano á su sable y no tuvo bastante fuerza para desenvainarle, titubeó, y cayó sin movimiento y sin sentido entre los brazos de los criados que le llevaron á su cuarto á dormir la mona.

Entre la confusion general, Juanita pudo subir al cuarto de su ama sin que la notasen, temblando toda, pero determinada á ocultar á la condesa las sospechas terribles que los discursos de Lambourne le habian inspirado. Sus temores estaban de acuerdo con lo que habia dicho el tendero ambulante, y aconsejó á su ama tomar el remedio de Wayland, lo que no hubiera hecho seguramente sin lo que acababa de pasar en presencia suya.

Wayland, que habia tambien oido los discursos de Lambourne y podia comprenderlos mejor que Juanita, se compadeció mucho de ver que una muger tan interesante como la condesa, á la que habia conocido de antemano en el seno de la felicidad doméstica, estaba entregada á las intrigas de semejante cáfila de pícaros. La voz de su antiguo amo, que detestaba y temia, habia despertado en él todo su odio y su temor. Pero tenia al mismo tiempo bastante confianza en su ingenio y sus recursos, y formó el proyecto de penetrar el fondo de este misterio, y de socorrer á la desgraciada condesa, si estaba aun á tiempo, por mas peligros que necesitase vencer para conseguirlo. Algunas espresiones que se le escaparon á Lambourne en su delirio hicieron dudar á Wayland que Varney hubiese obrado enteramente por su propia cuenta al enamorar

á esta jóven hermosa, y al ganar todo su afecto. Corrian algunos rumores que hacian sospechar que este servidor celoso habia ayudado á su amo en otras intrigas amorosas, y ocurrió á Wayland la idea de que Leicester podria ser muy bien la parte mas interesada en este asunto. No podia suponer que la hija del caballero Robsart estuviese casada con el conde; pero una intriga pasajera con una dama del rango de Amy era ya un secreto de la mayor importancia, y su descubrimiento podia ser fatal al favorito de Isabel.

— Aun cuando Leicester vacilase en ahogar tales rumores por medios violentos, decia entre sí mismo, está rodeado de gentes capaces de servirle en eso sin necesidad de su consentimiento previo. Si quiero meterme en esta danza, debo hacer lo que hace mi antiguo amo y maestro para componer su maná de Satanás, ponerme una máscara. Saldré mañana de casa de Gil Gosling, y cambiaré de albergue como un zorro viejo acosado por los cazadores. Quisiera tambien volver á ver á esta jóven puritana: es muy linda y despejada para ser hija de semejante picaronazo como el tal Tony Botafuego.

Gil Gosling recibió la despedida de Wayland mas bien con gusto que con pesar. El honrado publicano veia tanto peligro en con-

tradedir la voluntad del favorito del conde de Leicester, que apénas bastaba su virtud para sostenerle en semejante prueba. Sin embargo repitió que estaba siempre pronto y bien dispuesto á dar en caso necesario á Tresilian ó á su emisario todos los auxilios que pudiesen ser compatibles con su estado de publicano.

